

Naumaquias cotidianas

*¡Adiós! Ya cruje la turgente vela...
el ancla alza... el buque estremecido
la ola corta y silencioso vuela!*
Gertrudis Gómez de Avellaneda



No todo lo que flota, flota para siempre: lo saben los náufragos, los hombres peces (esta es su estación, una larga estación) y los torpedos humanos de esta absurda naumaquia, o delirante purgación, u oportuno y compulsivo sacrificio humano en el altar de un dios indescifrable y —no cabe duda— cruel.

Esos nautas son algo más que una metáfora política y una cruda expresión del instinto de supervivencia: son también, cada uno, una frágil embarcación en lucha contra las sólidas naves sumergibles de una realidad insumergible: pequeños barcos que —sin saberlo aunque

sin cesar, y muy despacio— tratan de tender un fantástico puente de una costa a la otra, siempre contra el viento.

Si ocurren llantos el mar beberá las lágrimas y si hay gritos el mar beberá sus ecos. (*Mami, dice una niña, estamos muriendo*). Luego será el silencio. Luego no habrá nada.

Y qué importa si ese fabuloso puente parece un trabajo imposible.

Algún día, en una era menos demencial, se creará que esta era la única manera posible de poner el viento a favor en ausencia de una estrella propicia y visible y a falta de una marea más oportuna. Se creará, en fin, que la vida, en esta era de náufragos, debía estar en otra parte, aunque algunos creen que no, que la vida debía estar en otra Cuba.

Otra playa, otro horizonte, otro mar, decía Julián del Casal hace más de un siglo, otros pueblos, otras gentes / de maneras diferentes de pensar. / (...) Mas no parto. Si partiera / al instante yo quisiera regresar. Pero muchos de los que parten, si llegan, no quisieran regresar aquí nunca. Durante años habían escuchado el cañonazo que cada noche, a las nueve, resuena desde la alta muralla de la

fortaleza de La Cabaña y habían sentido que alguna vez ese estruendo sería una señal de partida para lanzarse al negro azar de la corriente del Golfo —ese mar por todas partes que ha sido vasto infierno para tantos— y escapar del bullicio y los espejismos de la isla de las cotorras como quien huye del ojo del huracán. ¿Para qué quedarse, se preguntan, si aquí se puede vivir únicamente estando loco, dormido o borracho? La cordura no está ni siquiera en otra Cuba: está, sencillamente, en otra parte.

¿Cuántos deben partir?

¿Cuál es la cifra límite, el número mágico? Debe existir una cantidad precisa, un guarismo exacto, como existe en casi todo lo que cambia cuantitativamente para mutar de condición. Tal vez es una pregunta morbosa, pero lo cierto es que somos, por una parte, multitud anónima, y, por otra, simples números. Acaso en una época, hace mucho tiempo, éramos un destino, un sitio al que se quería llegar. Ahora somos un punto de partida —para equilibrar, para variar, para diversión de los números.

Corriente del Golfo



Seguramente ya nunca volverá a ocurrir algo parecido a las multitudinarias y diabólicas regatas del 80 y del 94, pero siguen las fugas al golfo, sigue este desangramiento más calmoso pero indetenible, por sobre la yerta marea política, por sobre el parloteo que satura el aire de la bella y siempre fidelísima isla de las cotorras: *¡Al mar!*, parece decir el grito silencioso que recorre las costas. Unos huyen simplemente, otros parten como si el exilio fuera la patria por otros medios.

Mucho antes de los versos de Casal, otro gran poeta, José María Heredia, en su *Himno del desterrado*, había escrito, en dolorosa sentencia: *¡Dulce Cuba! ¡en tu seno se miran / en su grado más alto y profundo, / la belleza del físico mundo, / los horrores del mundo moral!*

